

Buenos días. Quiero empezar dándole las gracias a David Trueba. Normalmente, en esta tribuna se suele elegir a quien mejor puede elogiarte, a quien tienes cariño, admiración o afecto -fue el caso de Pepe Blanco, mi anterior presentador en este foro- o alguien que tenga que ver con la política o con el espacio donde una desempeña su función.

Pero yo he querido elegir a David por su cercanía a la crítica política y al compromiso ciudadano desde su escritura y desde el cine. Y también por su sentido del humor, como acabamos de comprobar; creo que el humor es muy bueno y muy aconsejable en la vida.

Quiero también agradecer a José Luis su invitación amable, como siempre, a este foro, y a todos los compañeros y compañeras, amigos y amigas que habéis querido acompañarme. Por supuesto, a los miembros del Gobierno y a aquellos que venís de fuera de Madrid, os agradezco el esfuerzo.

Pocas veces un espacio de debate público es tan adecuado y oportuno como éste para tratar el tema que hoy les propongo. Un tema, de máxima actualidad, sobre el que el Presidente del Gobierno informó ayer en el Congreso de los Diputados y del que hoy se hacen eco la totalidad de los medios de comunicación. Me refiero a la Nueva Economía.

De nueva economía hablan los gobiernos, los parlamentos y los dirigentes políticos en todos los países; los organismos internacionales; los expertos y analistas de cualquier orientación; las organizaciones sociales.

La pregunta es: Si todos admitimos que aún estamos en plena crisis, ¿por qué todo el mundo habla de la nueva economía y del nuevo modelo económico en lugar de limitarse a hablar de cómo salir de la crisis? La respuesta puede parecer obvia: porque hay una conciencia generalizada de que la salida de la crisis está ligada al nacimiento de un nuevo modelo económico. Y lo está de la misma forma que la crisis tiene su origen en la constatación de que el modelo económico que hemos conocido hasta ahora ya no sirve.

Todos somos conscientes de que ésta no es una crisis de coyuntura o ciclo económico, sino de modelo. Y por eso mismo, salir de la crisis, o si lo prefieren, cambiar de patrón de conocimiento y construir un nuevo sistema productivo forman parte del mismo paquete; una cosa no será posible sin la otra.

No saldremos definitivamente de la crisis —y sobre todo, no podremos impedir que ésta se reproduzca— mientras los elementos estructurales que la han provocado no sean reemplazados. O dicho de otro modo: salir de la recesión no es exactamente lo mismo que salir de la crisis. Lo primero ya ha comenzado a ocurrir con carácter general y lo segundo exige que al menos estén sentadas las bases de un nuevo orden económico nacional e internacional.

Me refiero a las bases conceptuales: que sepamos cuáles son los rasgos que definen el modelo que está naciendo, aunque muchos de sus perfiles concretos tendrán que ir adquiriendo forma con el tiempo. A las bases estratégicas: qué pasos vamos a dar en los próximos años para acelerar el proceso y conducirlo de acuerdo a los intereses generales. Qué reformas tendremos que emprender, con qué prioridades, con qué instrumentos, con qué horizontes temporales. Y naturalmente, a las bases legales: qué cambios necesitará el ordenamiento jurídico, qué nuevas reglas del juego debemos establecer para que la ley sea un cauce y no un freno para la actividad económica en el nuevo escenario.

Por eso el Gobierno no se ha limitado a elaborar y presentar un proyecto de Ley de Economía Sostenible. Ha presentado también una estrategia cuyo punto central es la ley, pero no el único, puesto que a lo largo de 2010, incluso este mismo mes, el Consejo de Ministros aprobará ya reformas importantes.

Pero también, es cierto que resulta difícil que la sociedad acepte hablar y ocuparse del futuro cuando el presente preocupa especial y gravemente a quienes han perdido su empleo, al empresario que aún ve peligrar la subsistencia de su empresa. Ellos lo que reclaman –y con razón- no es tanto un debate sobre el futuro como soluciones inmediatas que alivien sus problemas de hoy. Sin embargo, ésta percepción no es incompatible con el objetivo que buscamos. Al contrario, hay que mantener y renovar las políticas de estímulo económico y de protección social con las que hemos hecho frente a los momentos más duros de la crisis; las medidas de estabilidad financiera, las ayudas a las empresas y a los sectores clave, las inversiones públicas en infraestructuras y en innovación, reforzar la cobertura por desempleo.

El Plan E ha servido y sigue vigente. Va acompañado de un importante esfuerzo presupuestario para evitar que el déficit alcance límites intolerables, y eso se llama sobre todo reducción drástica del gasto en todo aquello que no esté ligado a la lucha contra la crisis y al aumento de ingresos vía impuestos. Los Presupuestos del Estado para 2010, que aún están en la Cámara, y que votaremos en el Senado en unas semanas, reflejan este esfuerzo.

Pero el hecho de que sigamos obligados a combatir los efectos presentes e inmediatos de la crisis no puede llevarnos a desentendernos de sus raíces profundas ni a olvidar que no podremos considerarla plenamente superada si no nos ocupamos a la vez de construir un nuevo modelo productivo.

Hay quienes nos acusan de querer huir del presente hablando del futuro, presentan el debate sobre la economía sostenible como si fuera una especie de huída hacia delante de un gobierno que huye de sus responsabilidades; simplemente con revisar las medidas que el Gobierno impulsará en los próximos doce meses, esa acusación se queda sin fundamento. Por supuesto que hay reformas inmediatas, pensadas todas ellas para cambiar nuestro patrón de crecimiento. Estas son a corto plazo; pero hay otras, obligatoriamente, cuyos efectos se verán a medio plazo.

Es mucho más cómodo hacer pensar a la gente que esto no es más que un mal momento y que cuando se pase la tormenta todo volverá a ser como antes, aunque esto suponga volvernos a equivocar. Es mucho más fácil presentar la crisis como una mera consecuencia de los errores del Gobierno y alimentar la idea de que todo se resolverá cuando se vaya Zapatero.

Es más sencillo sostener que lo que hay que hacer es volver a la política económica de 1996 que presentar ideas y alternativas para la segunda década del siglo XXI. No valen ya las recetas de hace catorce años, porque estamos viviendo la primera crisis financiera global, con variables diferentes según los países.

Lo han entendido perfectamente las fuerzas sociales de este país, precisamente las más afectadas por la crisis: los trabajadores y muchos de los empresarios, cuyas organizaciones representativas han jugado siempre, y juegan, un papel fundamental manteniendo la paz social e implicándose a fondo, de la forma más constructiva, en el debate sobre el nuevo modelo productivo.

Lo que hay que lamentar es que ese comportamiento, -que quiero calificar de responsable y de comprometido con nuestro país-, no sea compartido por los dirigentes del Partido Popular. Ayer mismo hemos tenido una muestra de ello.

Lo asombroso, como decía hace unos días Tony Blair en un diario español, es que hoy estemos hablando de recuperación después de todo lo que ha ocurrido.

En España ha aguantado bien nuestro sistema financiero. Sin embargo, el estallido de la burbuja inmobiliaria es la causa de una gran parte importante del desempleo que tenemos. Lo que ha ocurrido es que hace tan sólo un año, el 15 de noviembre de 2008, los gobiernos más importantes del mundo se reunieron de emergencia en Washington no para hablar de recuperación, sino para impedir el colapso del sistema financiero mundial, que parecía inminente.

Hoy sabemos con certeza que hemos iniciado el camino de la recuperación, si por tal se entiende la perspectiva de volver pronto a tasas positivas de crecimiento y la moderación en la destrucción de empleo.

Ahora bien, no daremos por superada la crisis hasta que se vuelva a crear empleo.

Y es precisamente el inicio de la recuperación lo que crea condiciones favorables para plantear las reformas. Este es el momento. Y hacerlo con la estrategia de economía sostenible que explicó ayer en el Congreso el Presidente del Gobierno y de la que forma parte la Ley de Economía Sostenible cuya tramitación parlamentaria ocupará los próximos meses.

En realidad, la expresión “economía sostenible” nace de la constatación de todo lo que actualmente resulta insostenible en la economía.

- Es insostenible un buen ritmo de crecimiento económico que no se base en el conocimiento y en el desarrollo tecnológico.
- Es insostenible un sistema financiero desprovisto de todo mecanismo de supervisión y de control, capaz de producir a la vez escandalosos enriquecimientos individuales y grandes crisis globales.
- Es insostenible que el 90% de la producción mundial siga utilizando fuentes de energía contaminantes.
- Es insostenible que el crecimiento de la economía española y del empleo dependa fundamentalmente, como ha dependido en los últimos años, de un aumento desproporcionado de la construcción residencial, con todo lo que ello supone de desastres urbanísticos y subidas disparatadas del precio de la vivienda.
- Es insostenible querer avanzar deprisa con una administración pública todavía demasiado lenta y burocrática, que en ocasiones es más un freno que un cauce fluido para la actividad emprendedora.
- Es insostenible ser competitivos en la economía del conocimiento sin un sistema educativo de primer nivel.
- Además de ser insostenible, un modelo de economía basado en estos principios es injusto e ineficaz.

Por lo tanto, la economía sostenible no es otra cosa que el conjunto de reformas a corto y medio plazo, para corregir los desequilibrios estructurales de la economía española, que apuesten por la investigación, el desarrollo y la innovación, y por la educación. Yo me atrevería

a describir la naturaleza del nuevo modelo, en comparación con el anterior, atendiendo a cinco grandes rasgos; o si lo prefieren, a las cinco transformaciones que considero más trascendentales.

En primer lugar, estamos en plena transición de una economía de base industrial a una economía de base tecnológica. Por decirlo de otra forma, asistimos a una sustitución –que es progresiva, pero rápida y profunda- de los instrumentos de producción de bienes y servicios en el conjunto de la actividad económica.

El sistema económico nacido de la revolución industrial ha llegado hasta el final del siglo XX. Pero la revolución tecnológica trae consigo una forma de producir y de trabajar totalmente distinta. Y ello tiene consecuencias decisivas en todos los ámbitos de la organización social –y si me apuran, de la vida humana.

En la nueva realidad, el principal instrumento de producción, la materia prima básica, es el conocimiento.

Y siendo esto así, el elemento más discriminante de la competitividad es precisamente el conocimiento. Es decir, la dotación científica y tecnológica y la capacitación de las personas para obtener el máximo rendimiento de ella en cualquier circunstancia y en cualquier sector de actividad.

Cuando el Gobierno de Zapatero ha multiplicado sistemáticamente las inversiones en investigación y desarrollo tecnológico y lo ha convertido en una de las señas de identidad de su política, es porque desde el principio somos conscientes de que en este terreno, más que en ningún otro, nos estamos jugando la posición de España en el nuevo orden económico.

Cuando tras el éxito del Fondo de Inversión Local se pone en marcha un nuevo Fondo para el Empleo y la Sostenibilidad, con el objeto de promover obras en los municipios que contribuyan a la innovación, es porque queremos ligar la creación de empleo a las nuevas formas de producción y a las actividades con mayor contenido tecnológico.

Y cuando el Presidente del Gobierno propone al Partido Popular un acuerdo de Estado sobre educación y sobre modelo energético, es porque esas dos cuestiones son las dos variables estratégicas más determinantes del futuro de la economía y de la sociedad española. Porque éste es el momento crucial y las decisiones que ahora se tomen tendrán efectos profundos y duraderos, más allá de la alternancia de los gobiernos. Y porque la unidad nacional se hace precisamente así, compartiendo grandes objetivos y causas comunes.

En segundo lugar, asistimos al nacimiento de la economía comprometida con el medio ambiente.

El sistema económico tiene que tener en cuenta su impacto sobre la Naturaleza, porque ya es una evidencia para todos que los costes por contaminar serán mucho más elevados para todos los gobiernos que tomar medidas inmediatas. Ningún sistema económico anterior atendió esa variable. Se buscaba la máxima capacidad de producción y la máxima rentabilidad de los intercambios sin más.

Pero esto ya no es así. Porque el deterioro medioambiental ya no es tan sólo una amenaza para la habitabilidad del planeta a medio plazo, sino un factor de ineficiencia del propio sistema económico.

La dependencia de fuentes de energía escasas, desechables y contaminantes –que además sólo se producen en ciertas zonas del mundo- está en el origen de casi todas las dificultades y sobresaltos que ha sufrido la economía mundial en las últimas décadas. Y por tanto, se ha convertido en algo objetivamente insostenible.

Por tanto, es necesario sustituir las fuentes de energía sobre las que se ha sustentado la actividad económica durante todo el período industrial. Habrá que hacerlo gradualmente, en un marco predecible y financieramente viable; pero el paso de las energías contaminantes y desechables a las energías limpias y renovables es ya una exigencia imposible de eludir.

Ahora bien; la economía de base ecológica o medioambiental no se abrirá paso mientras se siga contemplando como un límite o un freno a la propia actividad económica. Por el contrario, se abre la oportunidad de hacer crecer nuevos ámbitos y sectores de actividad, nuevos empleos, nuevas fuentes de riqueza, nuevos negocios; todos ellos ligados precisamente a la protección del medio ambiente.

Nuestro objetivo es que la economía medioambiental así entendida, es decir como nuevo sector de actividad económica, tenga un peso creciente en nuestro Producto Interior Bruto. Y ello explica el firme apoyo del Gobierno al desarrollo de la producción de energías renovables en España, en la que podemos y queremos consolidar una posición de liderazgo mundial.

En tercer lugar, en el nuevo modelo económico, la cohesión social, la igualdad de oportunidades y la cooperación institucional son auténticas condiciones de viabilidad del propio sistema.

Durante mucho tiempo se ha sostenido desde el pensamiento conservador –y aún quedan convencidos de ello- que las políticas sociales son un lastre para el crecimiento económico. Sin embargo, la realidad ha demostrado contundentemente lo contrario. En la economía de hoy – y en la de mañana mucho más- eficacia económica y eficacia social son dos caras de la misma moneda; son inseparables. La desigualdad social genera ineficiencia económica; y el crecimiento es más consistente cuando va acompañado de políticas sociales activas.

José Luis Rodríguez Zapatero ha gobernado durante cuatro años con un fuerte crecimiento de la economía y potentes políticas sociales. Un comportamiento que ha ratificado en plena crisis económica, en los peores momentos.

Porque además de tener la exigencia moral y política de atender a las personas más vulnerables, especialmente, a quienes más duramente ha golpeado la crisis y evitar que ésta se convirtiera en una crisis social, el Gobierno es consciente de la relevancia que ha adquirido el sector de la economía social. Un sector, que además de realizar una extraordinaria labor dada la coyuntura, ha demostrado que, aun en tiempos de crisis, es capaz de crecer y hacerlo de una forma solvente y sostenida. Y suyo es el mérito de mantener las políticas sociales en plena crisis económica, lo que no sólo ha servido para ayudar a los ciudadanos más vulnerables sino también para conservar la paz social y evitar que a la crisis económica se sumara una grave crisis social.

En la nueva economía, las mujeres participaremos en la producción y en el trabajo en iguales condiciones que los hombres. Durante siglos, la economía se ha organizado bajo el principio de que el 50% de la población estaba excluido o discriminado en la actividad productiva. Ahora, la sociedad utilizará el 100% de sus recursos humanos. Y ello, además de una conquista enorme en términos de justicia, es una de las revoluciones más trascendentes de nuestro tiempo.

En cuarto lugar, en la nueva economía tendremos necesariamente mercados –y sobre todo mercados financieros- controlados y regulados con criterios de interés público.

Esta ha sido una de las grandes lecciones de esta crisis. La teoría neoconservadora de que los mercados se regulaban solos se ha hundido estrepitosamente, y con duras consecuencias especialmente para quienes no han causado esta crisis, para los trabajadores.

Hemos visto al Presidente norteamericano más ultraconservador de las últimas décadas interviniendo y nacionalizando bancos; hemos visto a los gobiernos del mundo poniendo sobre la mesa ingentes cantidades de dinero público para evitar el desastre provocado desde la especulación financiera privada;

Y hoy sabemos con certeza que el enriquecimiento ilimitado e incontrolado de unos pocos es el camino más seguro para el empobrecimiento de casi todos.

No quiero hoy detenerme en las derivaciones ideológicas de esta cuestión, que las tiene y muy profundas.

Pero lo cierto es que durante varias décadas el debate de fondo entre conservadores y progresistas ha sido si el mercado debe estar al servicio de la sociedad o la sociedad al servicio del mercado. La realidad ha zanjado esta disputa de forma inapelable. Si en España el sistema financiero ha aguantado mejor que en otros países, es porque nosotros disponemos de mecanismos de regulación y control que ahora sirven de referencia a nivel internacional y que seguiremos mejorando. La reciente puesta en marcha del Fondo de Restauración Ordenada Bancaria (FROB) ayuda a fortalecer el sistema y a preservar su estabilidad.

Y en quinto lugar, el nuevo modelo económico será un modelo globalmente gestionado.

La globalización no es un acto de voluntad, no es algo que se pueda aceptar o rechazar. Es un hecho irreversible para todos. Lo que cambia es la capacidad de orientarla a favor o en contra de los intereses de la sociedad; y también la capacidad de adaptar los mecanismos de gestión y de decisión política a esquemas igualmente globales.

El G-20 se ha consolidado como la institución de coordinación de decisiones económicas a nivel mundial es un paso adelante de implicaciones extraordinarias. Y el que España, que no era inicialmente miembro de ese grupo de países, haya logrado sentarse en esa mesa desde el primer día y quedarse en ella es seguramente, desde mi punto de vista, la acción política en el ámbito internacional, más importante que ha ocurrido en nuestro país desde el ingreso en la Comunidad Europea.

De todas las tareas que esperan a España durante su próxima presidencia de la Unión Europea, probablemente la más relevante sea conseguir que Europa, ya dotada de nuevos órganos de coordinación política, dé también pasos decisivos hacia nuevas formas de coordinación de sus políticas económicas.

Así pues, lo que está naciendo es un modelo económico:

- Basado en la tecnología y en el conocimiento;
- Con un fuerte componente medioambiental;
- Que utiliza la cohesión social, la igualdad de oportunidades y la colaboración institucional como elementos de equilibrio y de eficiencia económica;
- Dotado de instrumentos de control y de regulación de los mercados;
- Y gestionado a nivel global.

Estos son, a mi juicio, los cinco rasgos que más claramente describen y definen el nuevo modelo productivo del que hablamos en nuestros discursos, del que habló ayer el Presidente del Gobierno en el Parlamento.

Como he ido señalando, todos ellos forman parte de la política de este Gobierno desde el principio de su gestión, en 2004. Formaban parte de la propuesta que mereció entonces el respaldo de la mayoría en las urnas y se mantienen como ejes de nuestro proyecto político.

Déjenme que les lea unas líneas. En el Programa Electoral con el que los socialistas concurrimos a la elecciones de 2004, decíamos textualmente: el objetivo de nuestra alternativa económica es sentar las bases de un crecimiento económico equilibrado y sostenible, con un horizonte a largo plazo que se traduzca en aumentos de productividad y ahorro... que nos permita alcanzar los objetivos de bienestar, cohesión social y sostenibilidad ambiental.

Este es el modelo hacia el que queremos caminar con instrumentos como la Ley de Economía Sostenible.

Y además, lo queremos hacer con el mayor diálogo y consenso posible; con los partidos políticos en el Parlamento, con los sindicatos y empresarios en la mesa de diálogo social, y con las Comunidades Autónomas en la Conferencia de Presidentes que se celebrará el próximo 14 de diciembre.

Se habla mucho de algunas de las debilidades con las que España ha afrontado esta crisis: el peso excesivo del sector de la construcción, la generalización de los contratos temporales, la dependencia de la demanda interna y de la financiación exterior, el estancamiento de la productividad, nuestro retraso relativo en innovación y desarrollo tecnológico.... Todo ello ha condicionado nuestra forma de crecer en los años anteriores y, llegada la recesión, ha golpeado con extrema dureza sobre el flanco más vulnerable de la economía española: el desempleo.

Pero también hay que hablar de nuestras fortalezas. Fortalezas que España ha conseguido en tan sólo treinta años de Democracia. Recordaré alguna de ellas:

- Tenemos una población menos envejecida que la del resto de los países europeos. Gracias a la inmigración, nuestra población se ha rejuvenecido en la última década.

- Contamos con recursos humanos cualificados: 19 millones de personas trabajando, un tercio de los cuales tienen estudios superiores.
- Las mujeres nos hemos incorporado masivamente al mercado de trabajo y lo seguirán haciéndolo en los próximos años.
- Nuestro sector financiero ha demostrado una solvencia superior a la de la mayoría de los países.
- Tenemos empresas líderes a nivel mundial en sectores que se se están comportando bien incluso en la crisis, como las comunicaciones o las energías renovables.
- Nuestras cuentas públicas están saneadas. Tres años consecutivos de superávit nos han dado una capacidad de ahorro que ha sido decisiva en el momento de hacer frente a la crisis.
- La política social sostenida ha proporcionado un colchón que está ayudando a muchas personas y a muchas familias a atravesar las dificultades de la crisis sin llegar a situaciones desesperadas.
- Hemos mantenido, en el peor escenario económico posible, un escenario de estabilidad política y de paz social.

Todos ellos, logros que nos han situado entre los diez países más desarrollados del mundo. Y que nos sitúan como ejemplo fuera de nuestras fronteras. Lo hicimos entre todos y todas. Y lo volveremos a hacer.

No es optimismo. Es confianza en este país. Muchas gracias.